

X

Donde Yusuf cuenta lo que ha visto, pero se guarda de referir lo que ha presenciado

El sol, al iluminar la cumbre de la montaña, despertó á Mollah-Nur y á sus compañeros. Uno y otros lo primero que hicieron fué orar, luego empezaron á limpiar sus armas, á almohazar sus caballos y á preparar el almuerzo.

—Mala noche ha pasado tu compañero de viaje, dijo riendo Mollah-Nur á su huésped.

—¡Cómo! ¿Yusuf? preguntó éste.

—El mismo.

—¿Luego sabes dónde se encuentra?

—Así lo creo.

—Ayer te rogué dos veces que lo hicieses buscar y nada me contestaste.

—Porque sabía dónde hallarle.

—¿Dónde está?

—A cincuenta pasos de nosotros.

—¿Qué intentas hacer de él?

—Nada absolutamente, devolvértelo; haz tú lo que quieras. ¡Hola! mis valientes, continuó Mollah-Nur dirigiéndose á su cuadrilla, llevad algún condumio al prisionero y decidle que Mollah-Nur no quiere hacerle perecer de hambre.

El bandido contó entonces á Iscánder cómo Gulchada detuviera á Yusuf, obligándole á entregar sus armas y conducidole prisionero.

Terminado el almuerzo, Mollah-Nur asió la mano á Iscánder, y después de apoyarla sobre su corazón y sobre su cabeza, dijo:

—Aquí te encuentras en tu casa, siempre te veré con alegría, y hasta la muerte te estaré agradecido. Ahora que te he indicado el camino por el cual se sube al Chakh-Dague y por el cual se desciende, apresúrate á ser útil á tus paisanos. Yo me marcho por el lado opuesto y para llevar á cabo otro asunto. Adiós, acuérdate de Mollah-Nur; si necesitas de un amigo, Námame, y me tendrás á tu lado con más rapidez que el alud baja de la cumbre al llano.

Capitán y cuadrilla desaparecieron como una bandada de palomos silvestres.

Iscánder bajó entonces á la caverna, en la que halló á Yusuf con las manos atadas y los ojos vendados.

El joven beg no pudo resistir á la tentación de probar por sí mismo el valor de su compañero, á cuyo efecto cambió la voz, y le dijo con acento bronco:

—Levántate y disponte á morir.

Yusuf empezó á temblar como hoja sacudida por el viento; pero, haciendo un esfuerzo supremo, logró ponerse de rodillas. El infeliz estaba pálido como un difunto; su nariz parecía haber perdido su sólida base, con ayuda de la cual, en los tiempos ordinarios, formaba ángulo agudo con la boca y obtuso con la barbilla. ¡Ahl! ahora caía inerte sobre los labios del prisionero.

—Ángel Asrael, exclamó Yusuf levantando las manos al cielo é implorando con voz gemebunda su perdón, salva mi cabeza; ve que todavía no está en sazón para la muerte. ¿Por dónde y en qué te he ofendido?

—No voy á matarte por voluntad mía, sino por la de Mollah-Nur, continuó Iscánder. Mi capitán ha dicho: «Yusuf se ha batido como un tigre, y ahora que conoce mi refugio, ya no estoy seguro en la montaña: y cuando no, la sangre de mis compañeros vertida por él en el asalto de Derbend, clama venganza y debe obtenerla».

—¡Yo! exclamó Yusuf, ¡que yo me he batido en el asalto de Derbend! ¿Quién es el abominable calumniador que tal dice? Caiga la deshonra sobre la tumba de sus padres y de sus abuelos hasta la décima generación. No, no soy yo hombre para combatir contra mis paisanos. Cuando la corneta ó el tambor nos llamaba á las murallas, yo me bajaba inmediatamente al bazar, y cuando me correspondía ir á ocupar un sitio entre los combatientes, me refugiaba en la mezquita, donde me pasaba las horas durmiendo á la mayor honra y gloria del profeta. Verdad que un día hice tres disparos; pero á todos les consta que el enemigo se encontraba á cinco verstas de la ciudad. Por lo que respecta á mi sable, ensaya tú mismo tirar de él, y si logras sacarlo de la vaina, consiento en que me decapites. Ya en vida de mi padre no había medio de sacarlo á relucir. Además, ¿por qué me habría yo batido contra Casi-Mollah, contra un hombre honrado, contra un santo, contra un profeta? Si él no hubiese cortado la cabeza á los bebedores y á los fumadores, sería yo en la actualidad uno de sus más devotos muridas.

—Enhorabuena; pero en la venganza de Mollah-Nur contra ti hay un interés de religión: éste sabe que tú eres secuaz de Ali, y ha jurado dar la muerte á todos los que en Ali crean.

—¡Yo secuaz de Ali, cuando á él y á sus doce califas les pelaría las barbas! ¡Yo secuaz de Ali, cuando de vivir en Egipto en tiempo de los fatimitas no hubiera estado satisfecho hasta haberles destronado! Soy sumita, ¿oyes? sumita en cuerpo y alma. ¿Quién es Ali? un puñado de polvo que se desparrama al más leve soplo; un grano de arena al que aplasto bajo mis pies.

—Sin embargo, aun cuando Mollah-Nur hiciese la vista gorda sobre todo eso, lo que nunca te perdonará es tu amistad con Iscánder, su mortal enemigo.

—¿Mi amistad? exclamó Yusuf.

—¿Acaso no le das de ella una gran prueba acompañándole al Chakh-Dague?

—No diré que no haya influido en ello la amistad, pero mucho más mi gusto.

—Sabe, pues, que todavía ha salido más mal librado él que no tú, pues su cabeza ha rodado antes que la tuya.

—¿Su cabeza ha rodado? replicó Yusuf. Pues mira, si vale decir la verdad, no se ha perdido gran cosa. Pero en lugar de malquererme, Mollah-Nur debía darme las gracias por haberle conducido á Iscánder y entregárselo atado de pies y manos. ¿Iscánder amigo mío? ¡Valiente amigo! Vivo, le hubiera trocado por un panecillo. ¡Iscánder amigo mío cuando era uno de los hombres más relajados de Derbend y comía jamón con los oficiales rusos! De estar en mi mano quemaría las barbas á su madre.

—Deja en paz á los muertos, desdichado. Si el miedo no te trastornara los sesos, reflexionarias que su madre no podía tener barbas.

—¿Que no tenía barbas? Pues yo te digo que se afeitaba. ¡No me melló pocas navajas! ¿Yo amigo de Iscánder? ¡Bah! ¿cómo quieres que yo cometiese la majadería de contraer amistades con un hombre cuyo padre era salteador de caminos, su madre una casquivana y su tío un zapatero?

—Estoy harto de oírte perjurar y mentir, renegado, embustero. Baja la cabeza y prepárate á recibir el golpe.

Iscánder hizo silbar su chasca alrededor de la cabeza de Yusuf, pero en lugar de tocarle con el filo, con la punta del arma y con su destreza de costumbre le levantó el pañuelo que le cubría los ojos.

Yusuf fijó una mirada de terror en su pretenseo verdugo, y al conocer á Iscánder lanzó una gran voz y quedó estupefacto.

—¿Por qué me miras así, jabalí injerto en asno? le preguntó Iscánder. Ea, repíteme ahora que mi padre era salteador, mi madre una casquivana y que mi tío hacía botas.

Yusuf, en vez de disculparse y quedar corrido, dió una estrepitosa carcajada, echó los brazos al cuello de su compañero, y exclamó:

—¡Ah! ¡por fin he conseguido exasperarte! Ea, confiesa que no he sido torpe. Me ha costado, pero al fin se ha cumplido mi propósito. Ya ves, has tendido las redes para coger un ruseñor y te encuentras con un cuervo. Pero ¿tú crees que de buenas á primeras no he conocido tu voz? ¿Y cómo no si es la de mi mejor amigo y la conocería en medio de los gritos de los chacales, de los maullidos de los gatos y de los ladridos de los perros?

—Conque me has conocido, ¿eh?

—¿Lo dudas?

—No; pero entonces has hecho burla de mí.

—Para bromearme y nada más.

—Entonces ¿por qué te has rendido á la mujer de Mollah-Nur y te has dejado desarmar por ella?

—¿Acaso no recuerdas haber visto en casa del gobernador de Derbend una lámina que representa una hermosa mujer desenlazando la coraza del beg á quien apellidaban Marte y á cuyo pie se leía en ruso: *Marte desarmado por Venus*? Ahí por qué me he dejado desarmar. Demás, á una criatura tan hermosa se lo

hubiera dado todo, Iscánder, desde mi burca hasta mi corazón. Querría yo haber visto qué hubieras hecho tú, tunante, de encontrarte frente á frente con ella. ¡Qué nariz y qué ojos los suyos! ¡qué boca! la tiene así, no mayor que el agujero de una perla. Digo, ¿y su cintura? Tú, que eres aficionado á los buenos cuerpos, debes de haberla notado. No sé cómo no se la he robado para hacerme con ella una sortija.

—Vamos, por amor te has dejado maniatar y conducir al cabo de una cuerda.

—La hubiera seguido al extremo de un cabello.

—Está bien; pero supongo que una vez en Derbend, sobre todo delante de mí, no vas á contar tus amores con Gulchada.

—¿Gulchada has dicho? ¿Se llama Gulchada? ¡Vaya un nombre de mieles! Pero me estás haciendo charlar y más charlar, y no me explicas el porqué de encontrarte tú aquí.

Iscánder le refirió sucintamente lo ocurrido entre él y Mollah-Nur, y al llegar á la caída del bandido en la sima, Yusuf le interrumpió, diciendo:

—En este caso habrá perecido.

—No.

—¿Cómo no?

Iscánder explicó á su compañero cómo salvara á Mollah-Nur y le restituyera á su cuadrilla.

—¿Entonces se encuentra ahí nuestro querido Mollah-Nur? preguntó Yusuf.

—No, ha partido.

—¿Para dónde?

—Para una expedición.

—¿Estás bien seguro de ello?

—He visto desaparecer el polvo de su último caballo.

—¿Y dices que se ha caído de una altura de quinientos pies? ¡Cáspita! ¿Y el diablo no le ha desnudado? ¿ni se ha roto el maldito brazos y piernas en mil pedazos? Ya llegará día en que yo le daré para

peras á ese bandido. Como hubiese venido él mismo para detenerme, en lugar de enviarme á su mujer, le habría enseñado con qué letras se escribe la palabra *valiente*. Pero ¡quía! el cobarde no se ha atrevido.

—Ea, ¿quieres cerrar el pico, fanfarrón? De encontrarte con Mollah-Nur en carne y hueso, en el mismo punto hubieras concluido con todos tus embustes y tus jactancias, porque el miedo te habría quitado la vida.

—¿Miedo yo? Ten por entendido, mi querido Iscánder, que en el mundo sólo hay un hombre que pueda infundírmelo, y ese es el que veo en un espejo cuando á él me miro.

Esta vez no estuvo en Iscánder el contener una carcajada. En efecto, para un táataro la fanfarronada traspasaba todos los límites.

—Ea, dijo el joven, basta sobre el particular. Creía conocerte á fondo, y todavía me has enseñado cosas nuevas referente á ti. A caballo y en marcha, intrépido Yusuf.

—¿Conoces el camino?

—Sí, Mollah Nur me lo ha indicado.

—Pues guía y yo te seguiré. ¡Ay del que venga á atacarnos por la espalda!

Iscánder tomó la senda que le indicara el bandido.

Mirados desde abajo, parecía imposible que dos seres humanos se arriesgasen en semejante camino.

Una vez en la región de las nieves, Iscánder encargó á Yusuf el cuidado de su caballo, y con el aguamanil en la mano empezó á escalar el pico más elevado.

Era la primera vez que aquella nieve virginal se veía hollada por la planta humana.

Iscánder cayó de rodillas sobre aquel picacho, donde antes que él sólo habían orado los ángeles, y cuando levantó la cabeza para mirar en torno de sí, vió la tierra maravillosamente hermosa.

A sus ojos se desarrollaba toda la cadena de montañas que se extiende desde el mar Caspio hasta el Avares. Su mirada profundizaba hasta el fondo de los valles, por los que veía correr los ríos, delgados y brillantes cual hebras de seda.

Todo estaba silencioso y tranquilo.

Iscánder se encontraba á demasiada distancia para distinguir hombres y animales, y á demasiada altura para percibir ruido alguno.

El joven hubiera permanecido largo espacio de tiempo admirando tan espléndida perspectiva, si el aire, completamente libre, en aquellas alturas, de todo vaho terrestre, no hubiese sido demasiado puro para pulmones humanos.

A Iscánder empezaron á latirle todas las arterias, cual si su sangre, no ya suficientemente comprimida por la atmósfera, hubiese querido rebosarle por los poros.

Entonces juzgó ser ya tiempo de cumplir su cometido, y animado de la creencia de que todo era posible á ese Dios de que en la apariencia nada le separaba, hizo una bola de nieve, la metió en su aguamanil y empezó el descenso llevando el receptáculo elevado encima de la cabeza, para que, según lo prescrito, la nieve no se manchase con el contacto de la tierra.

El descenso era mucho más difícil que la subida; pero durante todo el viaje no pareció sino que un poder superior velase por Iscánder.

Poco más ó menos una hora después de haberse separado de Yusuf, el joven se reunió de nuevo á éste.

Yusuf interrogó á su compañero, y ensayó bromearse; pero Iscánder, que bajaba de nuevo á la tierra, lleno de la sublimidad de las elevadas cimas, por toda respuesta movió la cabeza y levantó gravemente el índice hacia el cielo.

—No parece sino que hayas comido sol allá arriba y temas que de hablar se te escape un pedazo, dijo Yusuf.

Pero por más que éste hizo, no consiguió arrancar una sola palabra á Iscánder, por lo que á su vez acabó también por cerrar el pico.

A pesar de la priesa que se dieron, los viajeros no llegaron á Derbend hasta hora muy avanzada de la noche y cuando las puertas de la ciudad hacía ya mucho tiempo que estaban cerradas.

Con tanta fuerza le latía el corazón á Iscánder, que parecía querer saltársele del pecho: el temor, la duda y la esperanza se disputaban una á una las pulsaciones. Colgó el joven de una rama de un árbol el aguamanil, y fijó una mirada de tristeza en la oscura muralla que le separaba de lo que más quería en el mundo, para luego dirigirla al cielo, que le pareció iba poniéndose más y más sombrío. Tal era su actitud, que no parecía sino que preguntase á la naturaleza entera si debía temer ó si le era dado esperar.

A no tardar y con gozo íntimo vió como en el espacio iban amontonándose densas nubes y cubrían éstas el brillante disco de la luna.

Entonces sacudió el brazo á Yusuf, que se preparaba á echar un sueño, y le dijo:

—Mira, mira esas nubes que corren por el espacio, más ligeras que un rebaño de carneros.

—¡Un rebaño de carneros! balbuceó Yusuf. Compra el más tierno de ellos y toma la baqueta de mi fusil para aderezar una buena ración de chislic. Literalmente perezo de hambre.

—Ahí un animal, dijo Iscánder, que, como siempre, no piensa sino en su estómago. Los carneros de que te hablo son nubes, Yusuf; va á llover, amigo mío.

—¡Ah! murmuró Yusuf, si en vez de agua cayesen alondras, me pondría debajo de una canal y abriría tanta boca.

—Entonces duerme, bruto, pues hay un proverbio que dice, que quien duerme come.

—Buenas noches, Iscánder, murmuró Yusuf dando un bostezo, y durmiéndose sobre su burca.

Cuanto al joven, en vez de cerrar los ojos, los tuvo casi toda la noche fijos en el cielo, que iba encapotándose por momentos.

Al rayar el alba abrieron las puertas de Derbend, y minutos después toda la ciudad supo la llegada de Iscánder con la nieve del Chakh-Dague.

Después de una corta oración, los mollahs, seguidos del pueblo, tomaron el camino del puerto.

Iscánder llevaba tímidamente el aguamanil que encerraba la nieve derretida, mientras Yusuf refería á grandes voces y en medio de un inmenso grupo las peripecias de su viaje; sólo que en su relato Iscánder no sonaba para nada. Según decía de sí mismo el narrador, tan cerca del cielo llegara, que había oído roncar á los siete durmientes y hablar á las huríes. Convertido en carámbano por el frío, la fortuna le había deparado entrar en calor presentándole ocasión de combatir contra dos osos y una serpiente descomunal, de la que no trajo el pellejo consigo por haberse visto obligado á dejarla en el camino á causa del espanto que infundiera á su caballo. Con todo, él sabía el sitio donde quedara la tal serpiente, y se prometía mandar por ella al muezín el día siguiente.

Sin embargo, por muy interesante que fuese el relato de Yusuf, quedóse sin un solo oyente en el instante en que Iscánder se preparó á arrojar al mar el agua de su aguamanil.

Desde la mañana soplabá recio el viento; pero el viento no era lluvia, y todavía no había caído gota de agua.

Cuando después de una larga oración del mollah, Iscánder estuvo presto para vaciar su aguamanil en el Caspio, el joven se volvió hacia Festahli, que caminaba en primera fila, y le dijo:

—Acuérdate de tu promesa.

—Y tú de nuestro trato, contestó el anciano: tu

suerte no está en la nieve, sino en la lluvia. Si eres caro á Alá, también me serás caro á mí.

Iscánder levantó su aguamanil por encima de la cabeza, y en presencia de todos derramó en el mar el agua de la nieve del Chakh-Dague.

Al punto y como de milagro se desencadenó deshecha tempestad; el cielo se cubrió de nubes al parecer preñadas de lluvia; oyóse lejano fragor de truenos, y las hojas, reciamente sacudidas por el viento, se desprendieron del polvo que las cubría. Las doncellas tártaras miraban alegremente al través de sus velos, que el viento les arrebatava de la cabeza; todas las manos estaban tendidas para sentir el contacto de las primeras gotas de aquella lluvia con tanta impaciencia esperada, y por fin un relámpago desgarró la bóveda de vapores amontonados encima de Derbend y reventaron á una todas las cataratas del cielo con la furia de un nuevo diluvio, inundando todo el Daghestán.

Esta vez nadie pensó en huir ni en abrir su paraguas.

La ciudad de Derbend en peso estaba entregada, no á la alegría, sino al delirio.

Los papacs se remontaban por los aires y volvían á caer con el agua, y al cielo subían las oraciones y los gritos de júbilo. Las gentes se abrazaban unas á otras, y se felicitaban y se mostraban el agua que se despeñaba cual gigantesca cascada, ó más bien, cual cien cascadas, de la ciudad tártara á la ciudad rusa y se precipitaba de la ciudadela al mar.

Iscánder estaba más alegre por sí solo que los habitantes de Derbend reunidos.

Con la lluvia le caía del cielo una mujer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 2625 MONTEBENE, MEXICO

XI

Dos santos varones

¿Qué es la juventud sin el amor? ¿qué el amor sin la juventud?

La llama arde con más facilidad en el aire puro, ¿y qué aire es más puro que el de la primavera?

Verdad es que las paredes de los patios musulmanes son altas y robustos los candados de sus puertas; pero el viento pasa por encima de las paredes y por los agujeros de las cerraduras.

Los corazones de las hermosas están bien defendidos y encadenados por un sin fin de preocupaciones; pero el amor es como el viento, halla por donde penetrar en ellos.

Casima amaba ya sin tener el valor de confesárselo á sí misma. Iscánder-Beg se había convertido en su pensamiento más grato durante el día y su más suave

sueño durante la noche; y al bordar anticipadamente con cañutillo, como hacen las doncellas tártaras, la funda de la pistola del desposado todavía desconocido, decía entre sí:

—¡Oh! ¡si pudiese servir para Iscánder!

Júzguese, pues, de la alegría de la doncella cuando Hadji Festahli su tío le anunció haberla prometido al apuesto doncel.

Casima se puso más encarnada que una cereza, y el corazón empezó á latirle como el de una paloma en libertad.

Por fin veía cumplidos sus más caros é íntimos deseos.

Desde aquel instante sus innominadas esperanzas se llamaron Iscánder; podía recibir con orgullo las felicitaciones de sus amigas, y en sus coloquios con ellas hablar también de su futuro marido.

Por lo que hace á Iscánder, parecióle no tocar de pies en el suelo, y para consolarse de no ver á su prometida, se pasaba las horas pensando en ella.

—Va á trabajar sobre esta alfombra, se decía el joven; beberá en esta taza; se refrescará las rosadas mejillas con el agua de este aguamanil de plata, y dormirá debajo de este cobertor de raso.

En las comarcas del Cáucaso que siguen la religión de Ali, acuden con frecuencia, en el mes de mayo, desde Persia, predicadores y mollahs, los cuales explican el Corán y refieren los milagros de sus imanes.

Desde el primer día del susodicho mes, los chyitas solemnizan la muerte de Huseín, hijo de Ali, el cual, después de muerto su padre, se sublevó contra Yezid, hijo de Moavia, con el fin de arrebatarle el califato; pero derrotado por el general de éste, Obeíd-Alá, perdió la vida en el combate. Los chyitas solemnizan con grande esplendor el aniversario de este acontecimiento, celebrándose de noche la fiesta, á la luz de millares de antorchas.

El año á que queremos referirnos presidió la fiesta

Mollah-Sedec, llegado ex profeso de Tebbes (1), quien permaneció durante todo el mes en Derbend.

Mollah-Sedec era hombre que frisaba en los cuarenta y cinco, y para afectar gravedad andaba tan lentamente como si hubiese cumplido los setenta; en una palabra, á veinte pasos de él se sentía olor de santidad y de aceite de rosas.

No obstante, Sedec, no por elevar sus miradas al cielo, olvidaba nunca del todo la tierra. Tenía contados amigos; pero acogía siempre con bondad suma á cuantos acudían á él con dinero. En Derbend, nuestro santo varón había recogido abundante cosecha de regalos; pero no se daba por satisfecho; aparte del dinero y de las alhajas quería llevarse además otra cosa, una mujer. Resuelto á casarse en dicha ciudad, tomó cuantos informes juzgó del caso para enterarse de cuáles eran los mejores partidos de ella, y luego hizo ciertas confidencias á Hadji Festahli, respecto de Casima, á quien sabía en extremo rica.

Sedec empezó por alabar á Hadji Festahli, y como el orgullo era el flaco de éste, en poco tiempo consiguió hacerse su más íntimo amigo.

—Ahora sí que no puede tardar el fin del mundo, le decía. El pez Hutto, sobre los lomos del cual descansa el universo, se cansa de llevar, además del peso de los hombres, la carga mucho más pesada de sus pecados. Los musulmanes se corrompen: rinden culto al dinero; ostentan condecoraciones en sus ojales y cintas de muchos colores en sus sables. No sé qué hubiera acontecido á Derbend cuando el Señor la ha amenazado, si no hubieses estado tú ahí para con tus virtudes contrapesar los crímenes de sus moradores. Tú eres puro, respetable y santo, en una palabra, un verdadero chyita: no estás unido con los armenios, ni con los rusos. Lo único que no creo ni puedo creer,

(1) Thapsa.

es que cases tu sobrina con ese desventurado Iscánder, que está pobre como el perro de un dervís. Cuando he oído hablar de ello, he dicho para mí: «¡Es imposible! Un hombre como Hadji Festahli no arrojará al fango la perla del profeta; no dará la hija de su hermano al primero que llegue. Ó es mentira lo que dice la gente, ó una broma.»

—Sin embargo es la pura verdad, contestó Festahli completamente corrido.

Luego refirió á Sedec toda la historia, esto es, las condiciones impuestas y aceptadas entre Iscánder y él para consentir por su parte en el matrimonio.

—La verdad es, añadió Festahli, que en Derbend no hay pretendiente alguno joven que posea bienes de fortuna; como por una maldición, todos los ricos están viejos.

Mollah-Sedec se dió un tirón á las barbas, y dijo:

—Todo viene de Alá y á él volverá todo. ¿Acaso en toda la región de Irán no existen verdaderos adoradores de Huseín? El sol nace y se pone dos veces al día en el imperio del gran rey, y allá es donde debes tú elegir marido para tu sobrina. ¡Oh santo profeta! si quieres desposar la luna con una de las más hermosas estrellas del cielo, te enviaré á mi primo Mir-Herulah-Tebris. Es hombre de gallarda presencia y de peregrino ingenio, y tan portentosamente rico, que no sabe las perlas y los diamantes que posee; además es tímido y ruboroso como una doncella. Cuando pasa por el bazar todos le saludan y se desviven para proveerle de frutas, dulces y racimos de uvas. Ni un solo visitante se presenta en su casa que no le lleve un regalo. Como tu sobrina llegue á ser esposa de mi primo, puedes estar seguro de que para ella será el sitio de preferencia en los baños de Tebbes.

Esta proposición halagó tanto á Festahli cuanto debía desesperar á Iscánder, á quien aquél no podía sufrir.

Con todo, al tío de Casima le hacía cosquillas en la

conciencia el faltar de esta suerte á una promesa sagrada.

Así, pues, contestó á Sedec que si bien la ejecución de semejante proyecto constituiría para él un timbre de gloria y le haría el hombre más dichoso de la tierra, temía que la madre de Casima no quisiese aprobarlo. Por otra parte, podría muy bien suceder que el gobernador de Derbend no permitiese que uno de sus administrados, y, por consiguiente, una rusa, casase con un persa. Y cuando eso no, ¿qué dirían los vecinos de la ciudad?

El *qué dirán* asume alguna importancia en París y en San Petersburgo; pero á orillas del mar Caspio, en Oriente, es la segunda conciencia del que ha olvidado la primera.

—¿Qué dirán? replicó Sedec en tono de zumba, ¡pues! que eres hombre listo. Es perdonable cometer faltas, pero es laudable repararlas, y, con franqueza, ¿qué ha hecho tan sonado Iscánder? ¿De buena fe crees que la nieve que ha traído ha determinado realmente la lluvia? Deja en mi mano el asunto y ya te diré yo cómo debes componértelas. Ínterin, haz correr la voz que tu hermana está enferma de gravedad, y que, temerosa de morir, ha jurado no casar su hija sino con un pariente del profeta, con un imán. Tu hermana no sale de su aposento y aun en éste guarda el silencio de un pez: no des oídos á sus consejos. ¿No has leído en las sagradas escrituras que Jacob pegó á su mujer porque le aconsejaba que se amistase con el diablo? Por lo demás, ¿es esposa tuya la madre de Casima? ¿Qué es para ti? Una hermana, y para de contar. Ríete, pues, de su voluntad.

—¿Y el gobernador? dijo Festahli dando un suspiro.

—¿Qué puede hacer el gobernador? Y en último resultado, ¿no se le puede engañar? ¿Qué te veda sacar pasaporte para irte á Persia á visitar tus parientes?

Festahli consintió, ó más bien, hacía ya largo rato que consintiera.

Al día siguiente el viejo mandó devolver á Iscánder el *kalmi* ó canastillo que éste había ya regalado á su prometida.

No siéndole posible arrancarse los cabellos, el joven estuvo en un tris como no se arrancó las orejas. Durante largo espacio de tiempo no pudo dar crédito á semejante insulto, sin embargo de tener á sus ojos el saco con el dinero.

La anciana tía del mancebo no acertaba á darse cuenta de lo que pasaba, y se dolía con toda su alma.

Iscánder, anonadado, buscaba en su imaginación todos los medios de vengarse sin vulnerar las leyes rusas.

¡Ah! como en Derbend hubiese habido un khan en vez de un coronel, con una puñalada bastaba para salir del aprieto y ser dueño de Casima; pero por más expedito que fuese este medio, era menester renunciar á él.

Iscánder se volvió pensativo y mudo hasta el extremo de no ver á Hadji-Yusuf, el cual hacía largo rato que estaba en su presencia.

Prescindiendo de sus fanfarronadas y de su cobardía, Yusuf era realmente un sujeto de prendas, y tan sentido, que, de saber, hubiera llorado al ver el dolor de su amigo.

—¿Qué ocurre, mi querido Iscánder? preguntó con timidez y empujando suavemente á su amigo.

—Y tú, ¿qué quieres de mí? preguntó Iscánder frunciendo el ceño.

—He venido para decirte que han llegado tres buques cargados de trigo y que el pueblo está fuera de sí de alegría. Es una buena noticia.

—Si en lugar de eso me hubieses comunicado la llegada de tres buques cargados de veneno, la noticia sería mejor.

—¡Oh! ¡oh! de muy mal humor estamos. Ea, dime qué te desazona.

—¿Qué! ¿no lo sabes todavía? ¿No lo sabe aún todo Derbend?

—¿Luego es verdad que la madre de Casima no te quiere por yerno?

—¿La madre? dijo Iscánder dando una carcajada que hizo estremecer á Yusuf; no, no es la madre, sino ese miserable Festahli; pero le mataré, sí, le mataré.

—Se conoce que todavía no has comido el pan de las montañas, mi pobre amigo. No estriba la dificultad en matar un hombre y huir, sino en que es menester renunciar para toda la vida á pisar de nuevo la ciudad natal. Si quieres creerme á mí, conténtate con descargar sobre sus costillas un buen nublado de palos, y luego retírate á Bacú. Si redondamente quieres casarte, ya lo efectuarás allá por tres veces, y no te costará sino veinticinco rublos. Vaya que son una grande invención, sobre todo para los viajeros, los matrimonios esos. Yo los he probado: aquí donde me ves, un día me casé por sólo seis semanas, y aun no tuve paciencia para cumplir el término. Al cabo de un mes tomé las de villadiego. Tan áspera de condición é insociable era mi mujer, que siempre me traía sobresaltado el temor de que cuando me entregaba al sueño no me largase un mordisco en la nariz. Pruébalo, y apuesto que á tu regreso me traerás un regalo en demostración de agradecimiento.

Iscánder permaneció imaginativo y silencioso.

—Alma mía, mi hermoso lirio, mi esbelta palmera, Iscánder de mi corazón, continuó Hadji-Yusuf, ¿no me oyes? ¿acaso tienes llenos de agua los oídos? ¡Una prometida! ¡vaya una ganga! Toma un puñado de rublos y vete con la mano abierta al mercado de Derbend, gritando: «¡Una prometida! ¡una prometida!» y éstas acudirán á ti como las gallinas.

Iscánder siguió encerrado en su mutismo.

—Pero, hombre, continuó Yusuf, ¿á qué viene esta

tristeza? Al fin y á la postre Casima no es tan hermosa como eso. Primeramente tiene un ojo más grande que el otro, y es tan negra, que no vas á tener bastante dinero para pagar el albayalde que necesite para blanquearse. Además, casi me atrevería á jurar que es un poco jorobada. Y no me digas que no, pues la conozco, la he visto.

Iscánder, que esta vez había oído perfectamente, asió de la garganta á Yusuf, y dijo:

—¿Tú la has visto? ¿dónde? ¿cómo? ¿cuándo? ¿en qué sitio has osado levantar hasta ella tus ojos de basilisco? ¡Responde, miserable!

—¿Cómo quieres que te responda si me estás estrangulando? ¡Suéltame por Alá! ¿no conoces que me estoy bromeando? Ya sabes que traigo los ojos en mis bolsillos y que mis bolsillos no tienen agujeros, á Dios gracias. ¿Dónde y cuándo podía yo haberla visto, y por qué la hubiera mirado? ¿por ventura no sé que es la prometida de mi mejor amigo? No te cases nunca, Iscánder, pues eres demasiado celoso para rozarte con los rusos, y, por lo tanto, te verías obligado á velar de noche, y, de día, á sondear á cuantos viniesen á tu casa. Por otra parte, no sé cómo se las componen esos malditos rusos; pero lo cierto es que apenas hace dos días han llegado á Derbend y ya son amigos de todas nuestras mujeres más hermosas. Tú conoces á Mollah-Casim; pues bien, éste, que es celoso si los hay, compró una mujer encantadora, y como la había pagado á muy subido precio, la quería únicamente para sí. Su mujer tenía las menos amigas que pueden tenerse en el mundo, es decir sólo una; la cual iba á casa de Mollah-Casim tres veces á la semana. Mollah-Casim en persona conducía la amiga hasta el aposento de su esposa y luego se salía á la puerta de la calle para vigilar que las dos mujeres no mirasen á ésta desde la galería. ¿Sabes quién era la amiga esa? Un joven alférez ruso, todavía lampiño.

Iscánder asió del brazo á Yusuf, pero esta vez sin cólera, y dijo:

—¿Un hombre disfrazado de mujer? Sí, bien mirado, es muy posible. Gracias, Yusuf, me has distraído con tu cuento.

—Me alegro; y ahora que estás de más buen humor, te dejo. Ando tan atareado, que no sé dónde dar de cabeza. Esta noche represento al embajador de Francia en la corte de Yesid, y necesito probarme los pantalones ajustados, en los cuales me parece no voy á poder meter las piernas. En pago de haber ideado esos malditos pantalones, el ruso que los inventó merece que de su piel el diablo se labre un chaleco. Como ahora al salir de aquí me encuentre con un gallo, le arranco la cola para hacerme un plumero con ella. Ya verás cuán majestuoso voy á estar cuando me presente en escena. Al verme, todos los soldados van á gritarme: «Dios conserve la salud á vuestra grandeza». Adiós, de perder un minuto más, me expongo á llegar tarde.

Yusuf se salió, echándose sobre los hombros las mangas de su chuca para ir más de prisa.

Iscánder se quedó solo é imaginativo, pero sonriendo en medio de su divagación. La anécdota que en su charla le contara Yusuf, le había inspirado un pensamiento, y era el de aprovecharse de la fiesta que iba á celebrarse en Derbend—especie de carnaval musulmán—para disfrazarse de mujer y llegar hasta Casima.

No hay traje que se preste á semejante disfraz como el traje távaro, con sus grandes pantalones, su arca-luc y su inmenso velo.

Tomar esta determinación y tranquilizarse, fué todo uno para Iscánder.

—¡Oh! decía entre sí el joven, la veré y será mía. Entonces sabrá Festahli lo que es despertar al tigre. Casima, Casima, me verás á tu lado aunque el camino que á ti debe conducirme esté pavimentado de puñales punta arriba.

Concluído este soliloquio, Iscánder se salió y se fué al bazar, donde, so pretexto de hacer un regalo á su prometida, compró un traje completo de mujer. Luego, de regreso en su casa, ordenó á su núquer, de quien temía la indiscreción, que llevase á apacentar los caballos al prado, y una vez á solas se afeitó cuidadosamente, si bien era casi barbilampiño, se tiñó los párpados, se pintó las cejas, se dió colorete, se puso los pantalones, el arcaluc y el velo, y estudió la manera de andar al modo de las mujeres tártaras.

Olvidábasenos decir que debajo del vestido de mujer llevaba el suyo propio para, en caso necesario, estar apercebido al ataque ó á la defensa.

Iscánder aguardó con impaciencia suma la llegada de la noche; pero el día, cual tío cuya herencia esperamos heredar, no se decidía á morir.

Por fin el tambor tocó á oración y se iluminó el teatro.

Entonces el joven se pegó en las mejillas las planchuelas de oro de rigor; se puso al cinto, en el costado izquierdo, su candjiar, y en el derecho su pistola; se envolvió de la cabeza á los pies en un inconmensurable velo blanco, y se salió á la calle, llevando en la mano una linternita.

Un cuarto de hora después, Casima salió, en compañía de dos amigas, á presenciar el drama religioso que se representaba en Derbend en honra de la muerte de Huseín; el cual drama tenía muchos puntos de semejanza con los misterios que los cofrades de la Pasión representaban en Francia en la Edad media.

Las plazas públicas y las calles estaban preñadas de gente á pie y á caballo; que lo notable de los espectáculos, en Oriente, es que por más apiñada que esté la muchedumbre, á lo menos un tercio de los espectadores van montados. El tercio este que decimos, circula, va y viene sin hacer caso de los pies que aplasta y de los hombros con que choca. Los peones son los que deben abrir paso y vigilar por su

seguridad; con tal que de vez en cuando se les prevenida con la palabra tcherquesa ¡cabarda! ¡cabarda! ¡cuidado! ¡cuidado!) basta.

Las azoteas de las casas, único sitio adonde no se encaraman los jinetes, estaban literalmente atestadas de mujeres envueltas en sus largos velos de todos colores.

El drama no había empezado aún. En el escenario del teatro dispuesto para la representación de *Yesid* —tal era el nombre de la tragedia,—Mollah-Sedec estaba leyendo el prólogo entre dos musulmanes, y en cada pasaje patético, se interrumpía para decir en voz de trueno á los espectadores: «¡Pueblo, llora! ¡Pueblo, llora!» y el pueblo respondía con gemidos y lamentos á este apóstrofe.

Iscánder, que siguiera á Casima, se encaramó furioso tras ella por la escalerilla de una casa que les condujo á una azotea en la que había ya muchas mujeres musulmanas alumbradas por multitud de antorchas.

Las mujeres se besaban al encontrarse y conocerse, y reían y charlaban entre sí cual cotorras.

Todas iban ricamente ataviadas, adornadas con collares de oro y plata, y cada una mostraba á la otra, más bien como pudiera á una rival que no á una amiga, el adorno que por primera vez ostentaba.

Aquellos que no han experimentado á la mujer del Asia, no conocen ni conocerán nunca á un asiático, aun cuando viviesen con él por espacio de un siglo. Delante de los ghiaúres, las musulmanas ostentan siempre una máscara, y, fuera del harem, el hijo de Oriente no muestra nunca, ni á su propio hermano, el fondo de su corazón y el de su bolsa. Cada pueblo tiene una pasión dominante: la de ensalzar sus costumbres; pero en este particular, pueblo alguno puede equipararse al musulmán. A dar crédito á sus palabras, todos ellos son unos benditos de Dios; mujeres y maridos marchan, en el cumplimiento de sus de-

beres, entre las líneas del Corán, y nunca jamás se desvían á un lado ni á otro. Sólo en su casa el musulmán se muestra tal cual es; y esto obedece á que no viene obligado á dar cuenta de su conducta á su esposa ni á sus hijos. La mujer, al contrario, es del todo libre en ausencia de su marido; apenas ha visto los talones de las babuchas de éste, se vuelve desconocida. Muda y humilde delante de él, se vuelve picotera, orgullosa y aun impúdica con sus amigas, con las cuales está siempre sincera, atento que entre mujeres, en Oriente, los celos no existen, excepto en lo que se refiere á la riqueza de los trajes y al valor de los adornos.

De ahí ese dualismo de la sociedad musulmana, completamente extraño al modo de ser de Europa, y del cual este libro será á lo menos uno de los primeros en hacer notar la diferencia: sociedad más inaccesible todavía para los hombres que no para las mujeres, atento que el hombre se revela continuamente á la mujer, mientras ésta nunca se revela al hombre.

Ahora suponga el lector que, por la causa que fuere, se encuentra con una musulmana; que ha penetrado en el baño y escuchado su charla con una amiga; que ha penetrado en el harem y la ha visto triscar—es la única palabra que acude á mi pluma; la lengua griega era más rica que la nuestra;—triscar, digo, con sus compañeras; y esto supuesto, sabrá evidentemente más por sí que en su vida sabrá por boca de un musulmán, más que éste mismo.

Júzguese, pues, de la admiración de Iscánder cuando se encontró en medio de las indiscreciones femeninas. Perdido entre una multitud de mujeres jóvenes, hermosas y parleras, él que nunca hablara á una mujer á menos que hubiese rebasado los sesenta, las devoraba con la mirada y quería oír cuanto decían.

—¡Ah! querida mía, qué hermoso tocado llevas. A mí, el sin vergüenza de mi marido me ha traído de

Snisily unos pantalones bordados de oro. Y hago mal en apellidarle sin vergüenza, porque para mí no lo es: no me niega nada de cuanto le pido. Verdad que es exigente y que en invierno como en verano hago todo lo que se le antoja, sin parar mientes en la diferencia de estaciones ó de temperaturas (1).

—¿Sabes, Fátima, decía otra, que mi viejo mono de marido ha tomado segunda mujer en Bacú? Yo me eché á llorar y á dolerme; y ¿sabes qué me respondió? que no podía quedarse sin arroz. ¡Ah! me vengaré. ¡Miren el bribón! no puede celebrar el sábado conmigo y toma segunda mujer. ¿Verdad que parece increíble, amiga mía? Sin embargo, ha pasado tal como digo. Y á propósito, ¿sabes que en la actualidad rige en Rusia un úkase por el cual se ordena que las mujeres lleven pantalones? Yo misma he visto á las damas de Derbend con pantalones blancos adornados de festones calados. ¡Ya era tiempo! Daba vergüenza el verlas cuando soplabla el viento.

—Mi querida Cheker, decía otra, te doy mil gracias por la pastilla de jabón que me regalaste. Es precioso; ha bastado que con él me frotara el cuerpo para quedar toda yo convertida en un raso.

—Sí, está muerta, decía una cuarta; él la ha matado; peor para ella. Desde el instante que quería tener amores con otro, debía haberse escondido; pero en vez de hacerlo así, tan pronto su marido se ausentaba, ella se iba de visita, y para que pudiesen verla, se salía de casa con una linterna en la mano. ¡Caramba! y que la ha matado sin darle tiempo de proferir un ¡ay!

—No puedes figurarte cuánto me aburren mis hijos, decía otra. En mi vida he visto niños que crezcan con tanta rapidez. Cualquiera que los vea, va á

(1) Nos es de todo punto imposible reproducir literalmente aquí el texto tártaro. Para las mujeres orientales el pudor es letra muerta.

figurarse que yo estoy vieja. Además, todos ellos tienen la cabeza llena de burujones; y esto lo han heredado de su padre, que yo en mi vida he tenido un barro.

—Consuélate, hija; si tus pequeñuelos tienen mal en la cabeza, mis grandes padecen en el corazón. Megelí me trae fuera de quicio; todo el día me está pidiendo que le compre una mujer.

—Y cómprasela al pobre muchacho. Está ya muy desarrollado y en edad de poseer una. Ayer le vi pasar por delante de mi casa.

—¡Pues me gustas! Hablas de las mujeres como si fuesen silbatos de dos copecs. No cuestan poco que digamos. Y ¿dónde voy yo á hallar dinero para comprarla?

—¡Qué escándalo! exclamó otra. ¿Dices que se ha ido con un armenio? ¡Cómo! ¿acabáronse ya por ventura los musulmanes y los rusos?

—No has visto hombre más discreto y bueno que mi marido, añadía una séptima; no parece sino el profeta en carne y hueso. Ya ves si está grueso; pues es lo más ligero que pueda imaginarse. Figúrate tú...

Con tan profunda atención estaba escuchando Iscánder, que casi se había olvidado del objeto que allá le llevara; pero los gritos «¡Van á empezar! ¡van á empezar!» pusieron término á todas las habladurías.

Cada cual se volvió de rostro al teatro y se ocupó en el drama. Yesid, de castán rojo y turbante verde, estaba sentado en su trono, teniendo á su izquierda y al pie de las cuatro gradas sobre las que estaba elevado, al embajador europeo, representado por Yusuf, que vestía un traje fantástico, cuyas principales prendas consistían en un tricornio coronado de descomunal plumero, un sable más descomunal todavía, y espuelas de seis pulgadas de longitud.

En torno del trono y formando semicírculo estaba el séquito de Yesid, compuesto de comparsas con turbante blanco.

Pero ni Yesid en su trono, ni aquel magnífico séquito con turbante blanco produjeron un efecto comparable al que Yusuf. En efecto, éste, con su sombrero, que no podía conservar en equilibrio sobre su rapada cabeza, con su sable, al cual no sabía dónde metérselo, y con sus espuelas, que se agarraban de los pantalones de los señores más nobles y más graves de la corte de Yesid, estaba soberbio.

Pero lo que más movía á risa á los hombres y excitaba la más viva discusión entre las mujeres, eran la nariz gigantesca del beg y su colosal plumero.

—Mira, hermana, dijo una niña noble á otra, mira qué animalazo tiene cerca de sí Yesid. ¿Qué clase de bestia representa?

—Es un león, tontuela, respondió la hermana. ¿No sabes que el abominable tirano Yesid, ese verdugo de los Califas, tenía siempre un león á su lado? Si alguno le caía en desagrado, le arrojaban al león, el cual lo devoraba. Pero, escucha, ahora Yesid dice á Huseín: «Abraza mi religión, ó te hago quitar la existencia». A lo que Huseín replica dando un estornudo, que quiere decir: «No me da la gana».

—No es un león, insistió la pequeña testaruda; los leones no tienen pico; es un pájaro.

—¿Un pájaro y lleva cola en la cabeza? ¿Tú los has visto semejantes?

—Sí, es una abubilla.

—Te digo que es una melena.

—La niña tiene razón, dijo una tercera metiendo baza en la disputa. ¿No ves que es un loro, que representa al que era secretario intérprete de Yesid? Mira cómo le acaricia el califa.

—¿Entonces por qué grita como un demonio?

—¡Callaos! ¿qué sois vosotras mismas sino sobriñas de loro? dijo una señorona távara que pesaba ciento cincuenta kilogramos, ocupaba el sitio de cuatro personas regulares, y deseaba escuchar por sí sola como por toda una sociedad.

A este apóstrofe se generalizó la disputa. Unas continuaron sosteniendo que aquello era un león, otras que un pájaro; pero lo que debió de henchir de satisfacción á Yusuf, fué que la opinión general estuvo conteste en que, leon, pájaro ó lo que sea, él era un animal.

El beg, que conoció que tales rumores los levantaban su nariz y sus plumas, ínterin estaba hablando con el tirano:

—Mi rey, decía á éste, el señor del Frangistán, al saber tus conquistas me envía para proponerte su amistad.

—Si tu señor desea mi amistad, contestó Yesid, es menester que deje de comer puerco y que prohíba á sus aliados que lo coman y les ordene que abracen la religión musulmana.

—¿Y si sus amigos se niegan á obedecer? preguntó el embajador.

—Entonces que introduzca mi sistema.

—Y ¿qué sistema es ese?

—¡Hola! gritó Yesid, ¡introduzcan mi sistema!

A este llamamiento entró el verdugo blandiendo un sable desnudo.

Yusuf movió á un lado y á otro la cabeza.

—¿Qué quieres decir? preguntó Yesid.

—Quiero decir, excelso príncipe, que tu sistema no triunfaría en Europa.

—¿Por qué?

—Porque sería imposible cortar la cabeza á un europeo, como se la cortas tú á un árabe.

—¿Imposible? arguyó Yesid. Ahora vas á verlo.

Y dirigiéndose á sus guardias y á su verdugo, dijo:

—Apoderaos del embajador europeo y cortadle la cabeza para que se convenza de que mi sistema puede aplicarse en todas partes.

Los guardias y el verdugo avanzaron hacia Yusuf; mas había transcurrido tan escaso tiempo desde que éste, en los dominios de Mollah-Nur, fuera actor de

una escena parecida, que la fábula y la realidad se confundieron á sus ojos y en su espíritu; así es que al ver á los guardias prestos á echarle mano, quiso huir, y cuando vió al verdugo blandir el sable, empezó á gritar desafortadamente; pero en el instante en que iba á saltar de las tablas á la calle, los actores le detuvieron y le arrastraron al interior del escenario, en medio de los frenéticos aplausos de la multitud, que nunca había visto representar el terror con tanta naturalidad.

Mucho tiempo hacía ya que Yusuf se encontraba detrás del telón de último término, y aun se le oía llamar á Iscánder en su auxilio.

Pero otro que hacer tenía Iscánder que acudir á las voces de su amigo.

El joven había concluido por deslizarse al lado de Casima.

Tal era su alegría, que apenas podía respirar; el corazón le ardía; sentía el calor de las mejillas de su amada; y aspiraba el perfume del aliento de ésta.

No te admires del fenómeno, lector; el mozo estaba enamorado, tenía veinte años, y amaba por vez primera.

Pero no pudo dominarse por más tiempo cuando Casima, al incorporarse para sentarse más cómodamente, apoyó la mano en su rodilla.

—¡Casima! murmuró Iscánder al oído de la doncella y estrechándole suavemente la mano, tengo que hablarte.

La joven, que tenía el corazón y el espíritu lleno de Iscánder, esperaba verle en aquella fiesta á la que asistía Derbend en peso.

¡Ah! Casima no había salido de su casa para ver á Yesid; no era el verdugo de los califas el que atraía su atención.

Con la mirada había buscado á Iscánder en todas partes, y en ninguna le viera.

Júzguese, pues, de su admiración, de su alegría, cuando llegó á sus oídos aquella voz conocida, aquel acento querido.

Iscánder se levantó, y la doncella, sin fuerzas para resistir, le siguió al rincón más sombrío de la azotea.

Los asistentes estaban tan ocupados en Yesid, que nada había que temer. Sin embargo, el joven comprendió que era preciso aprovechar el tiempo.

—Casima, dijo Iscánder á la doncella, te amo, te adoro. Ya ves lo que he hecho para verte un instante, para decirte algunas palabras. Puedes por lo tanto comprender de qué soy capaz si me dices que no me amas. Di, amor mío, ¿me quieres? ¿sí ó no?

Iscánder, cuyos ojos despedían rayos al través de su velo, mientras con la mano izquierda ceñía la cintura de Casima, con la derecha empuñaba la culata de su pistola.

La pobre doncella, que temblorosa miraba en torno de sí, respondió:

—Iscánder, no te pido sino dos cosas: que no me mates ni me deshones. Mi dicha más grande sería estrecharte entre mis brazos tan fuerte como te ciñe el cinturón de tu sable; pero ya conoces á mi tío.

Luego, tras un segundo de vacilación y á pesar suyo, Casima añadió:

—Te amo, Iscánder.

Y sus labios, como el hierro al imán, se unieron á los del joven.

—Ahora deja que me vaya, dijo Casima.

—Enhorabuena; pero con una condición, amor mío, y es que mañana por la noche volvamos á vernos.

Casima no respondió; pero se leía tan claramente en la mirada que dirigió á su amigo al separarse de él: *hasta mañana*, que Iscánder dió por aceptada la cita.

No sé cómo pasó la noche la doncella; pero por lo

que hace á Iscánder, tuvo el sueño más suave que hasta entonces disfrutara en su vida.

Pecados cometemos tras los cuales nos dormimos más regaladamente que después de haber llevado á cima una obra meritória.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1629 MONTERREY, MEXICO

XII

Acusación y libertad

Dos días después de la fiesta, se celebraba gran reunión en el fuerte de Narín-Cale, situado no lejos de la casa del gobernador.

Los núqueres, armados, tenían de la brida los caballos de sus amos; en los patios, arrimada á la fuente y en las escaleras había una gran multitud, y el salón estaba lleno de visitantes, que constituían la flor y nata de la ciudad. Á la puerta de entrada se veía al intérprete del gobernador, el cual intérprete estaba refiriendo algo extraordinario, á colegir por la atención con que le escuchaban sus oyentes y por las preguntas que éstos le dirigían. En los demás sitios donde se hablaba, hacíanlo en voz baja, y de modo unos y otros, que era fácil adivinar que estaba acaeciendo algo singular é inusitado, y aun que ya había acaecido.